

*O tan sólo una luz  
 en el mundo cerrado de los pobres:  
 sucedía una revolución para otras gentes,  
 los humildes volvían a ser desheredados.  
 ¡Tanto tiempo gritando una igualdad que no llegaba!  
 Eran horas aquellas en que la tierra seca  
 esperaba revanchas de sangre.*

*Poco a poco el caos  
 intentaría reducir a silencio las gaviotas,  
 contaminar las aguas de los lagos,  
 amontonar cadáveres sin nombre en las playas.  
 La civilización cristiana dio entonces grandes pasos.  
 Era, tal vez, como si borracheras de violencia final  
 hiciera permanecer el lado negativo de las cosas  
 frente al jarrón de flores apagadas,  
 junto al río aterrado de ver quebrarse pasos,  
 ante erizados bosques de historias inventadas...  
 Podrían refulgir algunas quietas huellas,  
 pero sólo entre el lodo  
 renacería luego el silencio, horizonte arrebatado.  
 ¿Quién iría a decirle a Federico que la suya  
 pronto habría de ser una «lejana y dulce voz amortecida»  
 sin otros horizontes que una historia  
 para enterrar por fin tantas desgracias?*

**Manuel Quiroga Clérigo**

## Y tan de ellos

Memoria inabarcable de Federico:

«Ovejita, niño mío,  
 vámonos a la orilla del mar.  
 La hormiguita estará en su puerta.  
 Yo te daré la teta y el pan.»

En su homenaje granadino y hermanamiento - algo más que oficial -  
 con Juan Ramón Jiménez. Fuentevaqueros, 1981.

*Y CÓMO, cómo seré yo  
 tan de aquí, me decía a mí mismo,  
 día seis de junio del ochentauno,  
 calle Elvira arriba y abajo como cualquiera de sus golondrinas  
 (las que se van a la Alhambra  
 las tres y las cuatro solas).*

*Serena y fresca la estación  
al bajarme del tren, ocho y media de la mañana,  
bostezaba el sol en la sierra,  
campanas por la luz  
delicada, grande. Allá arriba  
el Albaicín quería contarme algo,  
pero no lo acababa de entender  
y le hice así con la cabeza: luego.  
Luego, a la noche, me lo dices.*

*Solo qué bien andar y andar  
por tanta cosa mía, Bibarrambra  
mía entornada, dormilona aún,  
café, vicioso pionono mío,  
churros míos y periódico mío. De Granada.  
Y uno (sin darse cuenta todavía)  
venga que venga a preguntarse pero  
si soy de Cádiz, ¿cómo también,  
cómo también tan tan de aquí?*

*Hasta que fui entendiendo  
que en la pregunta estaba ya  
la respuesta, bastaba  
con suprimir las interrogaciones  
y el acento del cómo:  
sí: como tan de aquí,  
de tan todo este largo aquí  
nuestro y uno, andaluz, Caleta  
gaditana alargando  
por el filo del aire, hasta las piernas  
del Mulhacén, tranquilas olas suyas  
—oleaitas, mare, qué fuerte venéis—  
y el viento aquel salobre a mojarra y róbalo  
en los tilos de Bibarrambra,  
Limonar mío y Palo alegres, Puerta de Purchena, Conquero humilde,  
Alfalfa pajarera de Sevilla,  
Cadiato en Jaén,  
Plaza del Potro, , mío todo: nuestro.  
Lo dicho y mucho, mucho más,  
vive también aquí, por esa añeja calle granaina  
de La Parraga, donde mi añeja fonda de los 50,  
por el Horno del Oro y el Rey Chico,  
en la casa de Paso y por el Arco  
de Las Cucharas, en Alhama,  
Aljibetrillo, Almona Vieja del Picón:  
lo nuestro, que aun se crece como nuestro  
con el exilio, con los años  
en Madrid del exilio  
cabrón.*

*Porque, ah, claro, de siempre,  
 propiedad familiar hereditaria Andalucía toda,  
 propiedad de los ricos pero más de los pobres,  
 mía y tuya y tuya,  
 nuestra por escrituras de hemafies,  
 de neuronas, de ojos,  
 no de papeles ni notarios.  
 Todos terratenientes, todos playatenientes,  
 viñolivartenientes,  
 martenientes y monumentenientes:  
 andalucitenientes.  
 Los dueños verdaderos,  
 tú, tú, tú, yo,  
 de amargas todas, destumbrantes todas,  
 dulces y fuertes todas, jubilosas y doloridas  
 Andalucías nuestras, muchas: una.  
 (¿La Oriental y la Occidental? Buf: un apaño de geógrafos  
 ayer o de políticos hoy).*

*De modo que también  
 Moguer, la ría ocre  
 -hoy medio pútrica, ayayay -  
 de Huelva, patrimonio natural eran y son de Federico García Lorca,  
 y el Zacaín, su Alcaicería,  
 las fulvas torres alhambrenas  
 o bien Fuentevaqueros, propiedad  
 de Juan Ramón, aquel  
 señor de barba nazarí.  
 Tan suyas como todo cuanto nos han quitado  
 y nos siguen quitando los hombres o la muerte.  
 Pero cuanto he nombrado, nuestro es  
 como lo fue y lo es de ellos,  
 de aquellos dos por quienes  
 estamos ahora aquí  
 y que andan ahora mismo por aquí,  
 tenedlo por seguro,  
 más abiertos al mundo cada día  
 y cada día más andaluces.*

Fernando Quiñones